

**Sr. Andrés L. Mateo**  
**Premio Nacional de Literatura 2004**

**Palabras de Agradecimiento**

Señoras y Señores:

En la misa de cuerpo presente que se le hizo al general Ludovino Fernández, en la iglesia San Juan Bosco, el 14 de abril de 1958, el niño que movía el incensario era yo. Trujillo había llegado despacio y se había colado en silencio a mis espaldas. En uno de los giros que daba al incensario el rostro de Trujillo apareció súbitamente ante mis ojos. Yo era tan solo un niño, frente a ese falso infinito que su humanidad desplegaba, mi rostro de muchacho se extasiaba como en la relación que se establece entre Dios y el hombre. Dios es como un prójimo, pero Trujillo era un Dios distante que no estaban inscrito en las cosas, como el Dios de los místicos, de que habla San Juan de la Cruz. Con su cara rosada, maquillado para alejarlo del común de los mortales, sus medallas deslumbrantes desviaban a la luz de los cirios. En el fondo del cielo de su grandeza, esa presencia no me concernía. Yo era una brizna, una insignificancia, frente a un ser tan superior como él, un signo celeste, que se movía incómodo en el poco de humanidad que le quedaba. Pero mis ojos de niños lo cifraron. Sin saber por qué tenía el presentimiento de que algún día lo describiría. Entonces inicié la vanidad sublime y cándida de descubrir las palabras, el lazo de los soliloquios que me llevaría a ser escritor. ¿Por qué las palabras se expandían reviviendo las acciones, y empujando sobre la majestad de los hechos el hormiguero de un mundo inventado? ¿Quién gobierna esas hilachas milagrosas de sonidos que salen de nuestras bocas, y que ponen en funcionamiento la complejidad del pensamiento humano? ¿Por qué las palabras tienen ese espesor infinito, esa magia que permite hacer regresar el pasado, construir el presente y desteñirse sobre las cosas como si fueran ellas las que inventaran la realidad?

Las palabras son el medio que nos permite apropiarnos de la realidad, es a través de ella que ordenamos nuestras experiencias en el mundo objetivo y subjetivo, son ellas las que nos permiten aprovechar la experiencia de los demás. En su libro "Esencia de la poesía" Horderlin dice que la palabra es el más inocente de los dones que Dios ha dado al hombre, pero al mismo tiempo, según él, el más peligroso e impredecible. En la "Era de Trujillo" la palabra era potencialmente peligrosa, la característica más sobresaliente de ese régimen era la polarización entre la vida y la palabra. Y aquel niño que movía el incensario, sólo mucho después,

intentaría definir y el labio hinchado de poder y soberbia del déspota más engreído de la historia americana.

Soy producto de la movilidad social de los años sesenta. Vengo de esas jornadas. Tras la caída de la tiranía se abrió el esplendor de un discurso humanista. Trujillo nos había separado de las corrientes del pensamiento universal. Los que entonces éramos jóvenes habíamos creídos en el simplismo épico de dividir la sociedad entre trujillistas y antitrujillistas. Pero esa última inocencia estalló abriendo un espacio de injurias a nuestros ideales, y tejiendo los primeros tormentos de un largo martirologio.

Con la desaparición de Trujillo quitamos los cerrojos de los labios, hicimos poemas, contamos historias, nos desgarramos gritando el sueño de una reconquista de nosotros mismos, casi perdidos y tomados por los bríos del ideal, con las camisas en llamas, jurando exterminar la explotación del hombre por el hombre.

Entonces fuimos comunistas.

Todos los fetiches del alma los inscribimos en nuestras banderas, y encaramos en el eje de las revoluciones que azotaban los pueblos del continente americano en esa década ardiente, vimos morir a muchos “subiendo las escarpadas montañas de Quisqueya”, desaparecidos en las cárceles, fusilados en parajes inhóspitos, cazados como bestias en el asfalto de las ciudades, o vendidos, simplemente entregados, domesticados y despojados del escozor de las antiguas subversiones, que es, también, otra forma de morir.

Atribulados por la extensión del alba, los del sesenta vieron desmoronarse, en un breve lapso de tiempo, el ideal comunista. Poco más de diez siglos de pensamiento revolucionario se vinieron abajo junto con la caída estrepitosa del muro de Berlín. A todos nos vistieron de cenizas, en el mundo unipolar que escarnece los sueños. Todos nos quedamos agitando pañuelos en la noche, buscando nuevas palabras para vestir esfinges, esculpiendo la ironía básica que nos permitirían entender los terribles caminos que se abrían por delante. Era el vacío ensordecedor lo que nos cercaba. Todo se desplomaba para nosotros. De derrumbe en derrumbe, el reencuentro fija hoy la adolorida memoria de las grandes pérdidas. Náufragos, sobrevivientes, argonautas de las decepciones, los del sesenta estamos también aquí. Ya no somo lo mismo, y pese a que tampoco le asignamos a la muerte esa clarividencia que la vida no tiene, todo nuestro vivir, queramos o no, está entretejido en ese pasado.

Yo mismo, que recojo hoy este Premio Nacional de Literatura no he escrito una sola línea en mi vida que no esté en relación con todos esos acontecimientos que se

desataron en el país después de la muerte de Trujillo, porque fue bajo la mirada negra y cejuda del desconsuelo que nosotros descubrimos el horror, la mentira y el crimen. Los del sesenta salieron a buscar su lugar en el mundo, quizás todo lo que nuestras almas anhelaban se resumía en el descubrimiento alborozado de la palabra libertad, y en rebelde gesto de pedir la justicia.

Hoy ya no hay trapos sagrados que defender. Todo se compra y se vende. No hay principios, sino estrategias. Se desandan los pasos, incluso el pasado nos da miedo. Se reescriben los libros airados, o se borran los grafemas. No hay canallas, sino diferencias cuantitativas entre los actos humanos. La posmodernidad lo ha relativizado todo. ¿No es, acaso, la indolencia, el abandono, la bandera que capitanea los sueños del individualismo posmoderno? ¿Qué puede decir un poeta, un escritor, a una sociedad que apaga los fueguitos del alma desbordando el cerco esquivo de su vida interior, con los artefactos asombrosos de la postmodernidad?

Leyendo al más divertido de todos los filósofos postmodernos, el norteamericano Richard Rorty, a quien los círculos académicos llaman el “filósofo de la paradoja”, he encontrado algunas ideas que podrían reconciliarnos con el papel de la literatura en el mundo de hoy. Según Rorty, en el mundo postmoderno es necesario una readaptación de la filosofía, porque el ideal de cultura habrá de ser el poeta y no el científico. Rorty piensa que en las nuevas condiciones no nos serán muy útiles los filósofos tradicionales. En el sentido del sujeto individual, la postmodernidad es la creación de uno mismo. Y siendo así, lo que necesitamos son poetas, narradores, que nos ofrezcan ejemplos de autotransformación, y también nuevas metáforas para imaginarnos a nosotros mismos. Rorty acude a la vieja categoría de la Poësis griega, asignándole a la creatividad un rol indesterrable en la idea que tenemos de lo que es la verdadera condición humana.

La lectura de Rorty puede producir extrañeza, pero lo más sorprendente es que en su sistema, la literatura encuentra una justificación de existencia en la postmodernidad. Incluso la ciencia es un género de la literatura, que edifica a través del lenguaje los cimientos de la autotransformación. Yo, un hombre emergido de los años sesenta, se regocija esta noche por haber encontrado que lo que ha hecho durante toda su vida, tiene lugar en el mundo de hoy, aunque sea a costa de los filósofos, que a fin de cuentas son siempre, también, un poco poetas. Esto solo daría significado a la noche, como un rojo farol que se enciende para alentar a los cientos de miles de poetas y escritores deshilvanados en el mundo, que sienten sobre sus cabezas el sentimiento de inutilidad que le prodiga su tiempo.

Quiero agradecer a la Fundación Corripio por haber instituido estos Premios Nacionales como una forma de estimular el trabajo creativo de nuestros intelectuales. Y agradecer, de todo corazón a mi amigo el profesor de la Universidad de Puerto Rico Miguel Ángel Fornerin, la deferencia de haberse trasladado a la República Dominicana, especialmente para leer mi semblanza. Un premio como este permite unificar todos los momentos diversos de la vida de un escritor. Yo soy casi viejo, tengo derecho al inventario. Ahora estoy en San Juan Bosco, leyendo a los griegos por primera vez, en una edición que el padre Ernesto Buzón puso en mis manos. Por mi mente cruza el club Serra Aliés, en la calle Enriquillo, donde el grupo La Isla se reunía a mediados de los años sesenta, todos los sábados y domingo, a discutir la última lectura o a leer el último cuento, o poema, escrito con el criterio de que el arte no tenía su razón de ser en sí mismo. Me veo caminando por la calle El Conde, junto a Jacke Viau Renaud asomándose a la vida sin demasiadas esperanzas. Veo mis puñitos rosados alzados contra el miedo en las calles insurrectas de Santo Domingo. René del Risco me mira con sus arrebatos, su majestad, su orgullo y su gusto por lo sublime. Juan Sánchez Lamouth, estafalario, me espera en la escalinata de la biblioteca Froilán Tavárez, lleva hora esperándome, afanoso porque me quiere leer el último verso de su cosecha que, según él, ningún otro poeta podrá jamás superar. Es sábado y tengo que reunirme con Tony Raful, no el Secretario de Cultura, sino aquel muchacho febril, lector voraz, que sobre la verja del dispensario antituberculoso del barrio mejoramiento social, hablaba como haciendo poesía siempre. Tengo prisa por que Miguel Alfonseca leerá unos poemas en la Logia Cuna de América, y le he prometido que asistiré. Norberto James, el cocolo, me visitará para leerme su nuevo poema “Los inmigrantes”, una epopeya caribeña de sus ancestros, seres de caras tristes que vinieron del sur de martinica.

Hoy puedo ser múltiple, puedo ir y venir en el tiempo, soy yo quien puede elegir el emplazamiento y los límites, incluso vivir fuera del mundo, bajo las aguas silenciosas e indiferentes, como el Dios oriental, en el corazón de un tallo de loto. Aunque todo sea innecesario porque hoy, al recibir este premio, creo que sigo siendo aquel niño que se quedó moviendo el incensario para toda la vida, buscando en su mente la palabra precisa que le permitiera describir el aura milagrosa del tirano.

Muchas Gracias. –

23 de febrero de 2004  
Teatro Nacional